

nas; los Egipcios los conservaban en sus casas. Solo los Judíos hacían sus sepulcros en las cavernas y en las rocas, en donde depositaban los cuerpos enteros, cubiertos con lienzos después de haberlos embalsamado.

¿De qué modo se encuentra este sistema de sepultura repentinamente en Occidente, en donde era desconocido; en Roma, en donde prevalecía para muchos siglos, una costumbre absolutamente contraria? Fuera de los datos cristianos, esta cuestión permanece sin resolución; bajo el punto de vista de la fe se explica por sí misma.

San Mateo nos enseña que después de la muerte de Nuestro Señor, José de Arimatea fué á ver á Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesús. Habiéndole obtenido, le cubrió con un lienzo perfectamente limpio, con perfumes, y le puso en un sepulcro cavado en la roca, cuya puerta cerró con una gran piedra. El Evangelio tiene cuidado de añadir que tal era la manera de sepultar entre los Judíos. 1 Léjos de abolir esta costumbre del antiguo pueblo. Nuestro Señor la consagró adoptándola para sí mismo. Además, el fundador del cristianismo en Roma, San Pedro, era judío de origen. ¿Qué cosa más natural que los cristianos instruidos por el apóstol adoptasen este modo de sepultar? ¿y qué cosa más evidente que así lo han hecho? Sus tumbas, como la del Hombre-Dios, están cortadas en la roca y cerradas con piedras ó con ladrillos. En ellas están envueltos los cuerpos con lienzos muy limpios, algunas veces con muy ricas telas, y defendidos de la corrupción con una gran cantidad de aromas. «La Arabia y la Sabea, dice Tertuliano, nos envían más aro-

1 Acceperunt ergo corpus Jesus et ligaverunt illud intéis cum aromatibus, sicut nos est Judæis sepelire. *S. Joan.*, c. XIX, 40.

mas para sepultar á nuestros muertos, que los que venden para incensar á sus dioses.» 1 «Nuestra manera de sepultar, añade Prudencio, consiste en extender lienzos de una blancura y de una finura extremas, sobre los cuales derramamos perfumes á fin de conservar el cuerpo.» 2

Tales eran el cuidado religioso y la piadosa prodigalidad con que se esforzaban los primeros cristianos en preservar de las desolaciones de la tumba aquellos cuerpos destinados á la resurrección gloriosa, que un gran número de *loculi*, abiertos quince siglos después de la sepultura, dejaban todavía escapar el agradable olor de los perfumes. 3 En multitud de otros, los sudarios, las telas de lana y de seda que sirvieron de mortaja atestiguan el mismo hecho.

Hé aquí un nuevo rasgo de semejanza. Según el testimonio del Evangelista, las santas mujeres habiendo comprado perfumes se apresuraron á dirigirse al sepulcro á fin de embalsamar el cuerpo del Salvador. 4 Esta noble conducta no quedó sin imitadores. Nada iguala al empeño de los cristianos en ir á derramar aromas preciosos ante los sepulcros de los mártires. 5 Las mujeres cristianas, á ejemplo de Magdalena y de María, se distinguieron sobre todo por su valiente celo en aquel piadoso deber. 6 La costumbre de que se trata, nacida en el Calvario, continuada en las

1 Thura plane nos enimus. Si Arabiæ queruntur, sciant Sabæi pluris et carius suas merces christianis sepeliendis profigari quam dús fumigandis. *Apol.*, I, 42.

2 Condore nitentia claro præterdere linteæ (mos est, Aspersaque myrrha sabæo corpus medicæ (mine servet)

3 Boldetti, lib. I, c. 59.

4 Luc. C. XXXIII

5 Titulumque et frigida saxa Liquido spargemus odore.

Derramaremos los aromas sobre las inscripciones y sobre las piedras sepulcrales.

6 Boldetti, lib. I, c. 59.

Catacumbas, se ha perpetrado con gran magnificencia en el mundo entero desde la paz de la Iglesia. Además del incensamiento de las reliquias, tenemos dos hechos que dan testimonio de ello. En las suntuosas fundaciones de Constantino en favor de las basílicas cristianas se encuentran siempre rentas considerables para suministrar aromas, incienso y aceite de nardo destinados á los sepulcros de los apóstoles. La Iglesia de Roma poseyó largo tiempo un vasto dominio en la Babilonia, cuya renta anual consistía en una cantidad de bálsamo suficiente para quemar noche y día ante los cuerpos de San Pedro y de San Pablo. 1

Es verdad, además, que las Catacumbas presentan un cierto número de cuerpos sepultados en la cal viva. Cuando se conoce el celo extremo de los primeros fieles por conservar intacto el despojo de sus hermanos, causa admiración desde luego que hayan empleado un elemento cuya propiedad consiste en consumir tan prontamente las carnes que se le confían. Pero reflexionando en ello, no se tarda en reconocer que una imperiosa necesidad les obligaba á preferir la salud de los vivos á la conservación más larga de los difuntos. Es verosímil que los cuerpos de que se trata no habían podido ser inhumados inmediatamente después del fallecimiento; este caso no debía ser raro. Se sabe que los perseguidores no despreciaban ninguna precaución para impedir á los cristianos que llevasen consigo los restos de los mártires y les diesen sepultura. A fin de prevenir la putrefacción que podía dañar á los fieles y dar el aviso á los paganos, la pobreza de nuestros padres recurría al uso infalible y poco dispendioso de la cal viva. 2

1 Bar. *Ann.*, t. X, an. 1061.

2 P. Marchi, p. 19.

Entre el Calvario y las Catacumbas señalamos una última conformidad. En la tumba momentánea del Hombre-Dios no debió grabarse ninguna inscripción fúnebre. HA RESUCITADO, NO ESTA YA AQUI, tal es la divisa triunfal que la fe del universo lee sobre aquella tumba que nada tendrá que devolver. En cuanto lo permiten las leyes de la Providencia los primeros cristianos imitaron en sus sepulcros el lado glorioso del sepulcro del vencedor de la muerte. No pudiendo escribir: HA RESUCITADO, han escrito: RESUCITARA. Así como en la larga oscuridad de las noches de invierno, las estrellas lucen con un brillo más vivo en la bóveda del firmamento, así en la profundidad de las Catacumbas el dogma de la Resurrección futura resplandece con un brillo incomparable. Las palabras *depositus in pace quiescit*, grabadas sobre millares de tumbas, son como otras tantas voces que proclaman bajo las sombrías bóvedas de la inmensa necrópolis el gran dogma de los cristianos: *Fiducia christianorum resurrectio mortuorum*. 1 Es, pues, cierto que las galerías, las tumbas, el modo de sepultar, las inscripciones, todo prueba un plan ordenado en la disposición particular de las Catacumbas, así como la intención manifiesta de parte de los cristianos, de imitar en su muerte, como en su vida, al Dios Salvador, su amor y su modelo. 2

La disposición general de la Roma subterránea revela con la misma evidencia otro carácter eminentemente cristiano. Si la resurrección de los cuerpos es el artículo fundamental del símbolo católico, la caridad es el primer precepto del Decálogo. Además, el precepto, así como el dogma, se encuentra grabado en las Catacumbas.

1 Tertull., *De Resurrect. car.* c. 1.

2 Marchi, p. 61.

No daré aquí de ellos sino una prueba general, reservando para otro día los testimonios particulares.

El primer efecto de la caridad cristiana es la igualdad ante Dios. ¡Igualdad santa, madre de la libertad y de la dignidad que distingue todavía las naciones modernas, con qué brillo lucís sobre las modestas tumbas de nuestros gloriosos antepasados! En sus cementerios, el mártir está distinguido del simple cristiano; pero el signo de distinción no consiste ni en una urna, ni en un osario ó jarra cineraria de cristal, de alabastro, de mármol, que eclipsa por su riqueza y por la belleza de sus esculturas ó por las jarras comunes de tierra cocida. Una jarra de sangre de la forma y de la materia más sencilla, incrustada en la pared con cal; una palma grabada sobre la piedra sepulcral y más comunmente impresa en la cal fuera de la tumba; tales son los signos que permite aquella igualdad perfecta. A la verdad, se encuentran en el interior ó en el exterior muchos sepulcros, pinturas, mosaicos, objetos de bronce, de marfil, medallas, perlas y otros signos semejantes; pero no están puestos allí de ningún modo para indicar una superioridad de nacimiento ó de mérito. En ellos deben verse simples testimonios del amor de los vivos hacia sus parientes y amigos difuntos. Esta es la traducción palpable del afecto tan vivo y tan verdadero que respira en la mayor parte de las inscripciones funerarias. He dicho que esta igualdad en la tumba es un carácter distintivo del cristiano; porque todo el mundo sabe que era completamente desconocido de los paganos.

El segundo efecto de la caridad es la unión que de todos los hijos de la Iglesia no forma más que un solo corazón y una santa alma, según la enérgica expresión del Evangelio; la vida de nuestros padres fué un ejemplo de esto de tal modo heróico

co y de tal modo continuo, que sus perseguidores mismos se admiraban de ello. 1 Esta unión cordial, hija de la fe é inmortal como su madre, sobrevive á la muerte y se manifiesta radiosa en nuestras Catacumbas. Los primeros fieles de Roma, perdidos en medio de un valle inmenso, siempre espiados ó perseguidos por los paganos, no podían reunirse sino pasajeramente en sus asambleas religiosas ó en sus inocentes agapas. Las prisiones en que ellos sufrían, los anfiteatros en donde morían juntos, fueron los lugares en los cuales se encontraron tal vez con más frecuencia. Separados á su pesar durante la vida, aspiraban al ménos á descansar juntos después de su muerte, no formar más que un solo dormitorio así como no formaban más que una sola familia, un solo corazón, una sola alma; esta era toda su ambición. Pero la creación de una sola Catacumba era cosa imposible. Por una parte, un cementerio único hubiera sido insuficiente para la multitud de los muertos á quienes cortaban la vida la enfermedad y más todavía la espada de los verdugos secundada por los leones del Coliseo. Por otra parte, este único cementerio, forzadamente lejano de muchos cuarteles, hubiera creado peligros inevitables á los sepultureros encargados de sepultar los cuerpos, así como á todos los cristianos, cuyo consuelo era ir á orar en los sepulcros de los mártires. La prudencia y la necesidad hicieron, pues, cavar diferentes Catacumbas alrededor de la ciudad; pero por grande que sea la distancia que las separa, es fácil ver, estudiándolas, que la intención de los fundadores era ligar las unas con las otras de modo que no formasen más

1 Vide ut invicem se diligant et ut pro alterutro mori sint parati. Ved cómo se aman mutuamente y cómo están preparados para morir el uno para el otro.

Tert., *Apol.*, c. 40.

que un inmenso y único cementerio, dividido solamente como Roma misma, por el curso del Tiber. 1 En esta sublime necrópolis, San Pedro inhumado en el Vaticano aparece con el jefe de la región trastiberina y protege á Roma al Norte y al Occidente, mientras que San Pablo, cuya sepultura se encuentra en la vía de Ostia, es el jefe de la región cistiberina y protege á Roma en el Sur y en el Oriente. 2

La resurrección y la caridad, estos dos dogmas exclusivamente católicos, grabados por todas partes en las Catacumbas, de las cuales son el alma y el secreto, distinguen también á nuestros cementerios cristianos, que es imposible confundirlos alguna vez con los sepulcros paganos. No es esto la menor prueba de que las Catacumbas son la obra exclusiva de nuestros padres. He visto muchas tumbas paganas, muchos mausoleos, muchos columbarios; otros han visto más que yo; y en ninguna parte se encuentra allí indicado el dogma de la resurrección de la carne. A la creencia de la redención del cuerpo á la nada se juntaba en el paganismo el dogma del egoísmo. Así como los actos de su vida pública ó privada, así también las tumbas de los paganos reflejan ese dogma en su repugnante desnudez. Una rápida mirada basta para adquirir una prueba de esto. Las tumbas paganas se dividen en tres clases: los *mausoleos*, los *columbarios*, y los *poti-culi* ó la fosa común.

Los MAUSOLEOS. Se puede dudar si alguna vez el orgullo y el egoísmo han subido más alto que en la construcción de

1 Véanse las pruebas en todos los arqueólogos romanos y principalmente en el P. Marchi, ps. 68 y 78.

2 A facie hostili duo propugnacula præsent Quos fidei turres Urbs caput orbis habet.

FURTUN., *Car.*

Ve aquí las dos torres de fe que defienden á la ciudad, cabeza del orbe de todos sus enemigos.

aquellos gigantescos monumentos, en que el mármol, el bronce, las pinturas, la plata y el oro parecen haberse dado cita para producir maravillas capaces de desafiar la acción destructora de los siglos. Aquellos sepulcros suntuosos se levantan siempre para un solo individuo; basta nombrar la pirámide de Céstio, el monumento de Cecilia Metella y el muelle de Adriano. Algunos se abrían para dos miembros de la misma familia. Tales eran el mausoleo de Augusto destinado á recibir también las cenizas de sus sucesores; el de la *Gens* (familia) Pláucia en la vía de Tibur; los magníficos hypogeos (a) de los Scipione en la vía Apia; los sepulcros no ménos suntuosos de los Lentulo, de los Dolabella, de los Cétégo, de los Cecilio y de otra multitud.

Los COLUMBARIOS. Si la fortuna no permitía á todos edificar por sí suntuosas tumbas, todos, sin excepción, repugnaban igualmente tener una sepultura común. De aquí nacieron los columbarios, destinados á las diversas asociaciones de libertos, de negociantes, de artistas. No es raro encontrar en ellos algunos de esclavos cuyo pequeño peculio sirvió para comprarles un lugar ó á quienes sus amos se los dieron generosamente; para los demás la exclusión era absoluta. Entre una multitud de inscripciones, me contentaré con referir las siguientes que demuestran aquella importante cesión:

C. AVILIO. LESCHO  
TI. CLAUDIVS. BVCCIO.  
COLUMBARIA IIII. OLL. VIII  
SE. VIVO. A. SOLO. AD  
FASTIGIVM MANCIPIO

“A. C. Avilio Lescho Tito Claudio Buccio dió, estando vivo, el derecho de sepultura, cediéndole en el columbario, desde el piso bajo hasta el alto, cuatro nichos y ocho urnas.”

Hé ahí el don:

G. C. GAMIANUS  
SIBI ET QVINTIÆ  
VALERIE CONJVG  
BENEMERENTI  
HELFIDIO *pqmi*  
ONI. ET AVGVSTÆ  
QVARTILLÆ VIVO  
ME LOCA CESSI.

"G. C. Gamiano por sí, y por su benemérita mujer Quincia Valeria concedió el derecho de ser sepultados á Primónio y á Augusta en su sepulcro."

Hé ahí una cesion en virtud de la cual Primónio y Augusta adquirieron el derecho de ser inhumados en la tumba de Gamiano.

D. M. S.  
L. FABIVS. MODESTVS.  
SIBI. ET. SVIS. OMNIBVS.  
INSTANTIA. ET. LABORIBVS.  
SVIS. FECIT.

"Consagrado á los Dioses manes Lucio Fabio Modesto, para sí y para los de su familia con trabajo y empeño construyó este sepulcro."

Hé aquí un sepulcro exclusivamente reservado á los miembros de la misma familia.

D. M.  
T. ELIO. AVG. LIB. G. LAVCO.  
CVBICVLA QTO  
STATIONIS. PRIMAÆ.  
ROSCIA. LYDE.  
CONJVGI. KARISSIMO.  
HENEMERENTI. FECIT.  
ET. SIBI. ET. SVIS. ET. L. L. B. L. LIBERT.  
P. E. HOC. MONIMENTVM. H. N. S.

"A los Dioses Manes. A Tito Elio libertado de Augusto, á Gábino Glauco camarista de la primera habitacion; á su amado esposo benemérito; Roscia Lyde hizo este sepulcro: y para sí, y para los de su familia; y para sus libertos, sus libertas, y

sus descendientes. Este monumento no pertenece á los herederos."

Aquí la propietaria Roscia Lyde, tiene á bien conceder el derecho de sepultura en un sepulcro á sus libertos, á sus libertas y á sus descendientes; pero notad la cláusula: *Hoc monumentum heredes non sequitur.* "Este monumento no pertenece á los herederos." Esta fórmula sacramental, que traduce tambien la exclusion celosa dada no solo á los extranjeros, sino tambien á los propios herederos del difunto, se encuentra á cada paso y se expresa por los signos siguientes: H. M. H. N. S. Ordinariamente penas severas, maldiciones, multas enormes, expresadas en los sepulcros, amenazan al atrevido que osase enajenar el columbario ó poner allí un extraño. 1 Muchas veces tambien se llaman sobre él todos los rigores de la justicia. 2 Tal era el espíritu de la sociedad romana. Algunos años ántes de que los cristianos diesen en sus Catacumbas el magnífico ejemplo de caridad y de igualdad universal, que hemos admirado, Ciceron nos enseña que la religion y la ley continuaban protegiendo con toda su autoridad el dogma pagano del egoismo y del orgullo, llevados al más alto grado. 3

1 Si quis autem hoc vendere voluerit, arka pontificum L. SS. X. millia nummum inferet; vol si quis alienum corpus hic intulerit, poenam supra scriptam inferat. "Si alguno quisiese vender este lugar de los sepulcros, introduzca en el tesoro de los pontífices diez mil monedas; ó si alguno introduce en él un cuerpo extraño, incurra en la dicha pena."

Relacion por Fabretti, p. 265, n. 110.

2 Huic monumento intercedat lex ne donatio fiat; quod si quis admiserit inferat aerario P. R.—H.—S. XXX. N. *Inscripcion del Museo de Verona*, p. 320—31. "La ley prohibe se done este monumento; por lo cual si alguno lo admitiere, pague al erario del Pueblo Romano treinta mil monedas."

3 Sane tanta religio est sepulcrorum ut externa sacra et gentem inferri fas negent esse. *De Leg.*, lib. II, c. XXII. "A la verdad hay tanto respeto de los sepulcros, que las leyes prohibieron como ilícito introducir en ellos hombres y cosas sagradas, ajenas ó extranjeras."

Los PUTICULI. La tierra y el dinero hubieran faltado á la reina del mundo, si hubiese querido inhumar en columbarios ó en mausoleos tantos millones de plebeyos y de esclaves que se removieron en su vasto recinto durante nueve ó diez siglos. La gran luz de la salubridad pública le hizo encontrar para esta parte de la poblacion un modo de sepultura que manifiesta el orgullo y el egoismo casi con el mismo brillo que los más suutuosos mausoleos. Habia *Ustrine publicæ*, ú hogueras públicas que servian para consumir los cuerpos. Estas eran cuadradas, rodeadas de fuertes paredes, en las cuales se arrojaban confusamente los cadáveres de los desgraciados esclavos y de los pobres. Una gran cantidad de materias resinosas alimentaban el fuego y prevenia con el humo odorífico la corrupcion de la atmósfera. Muchas veces tambien se arrojaban á fosas profundas cavadas fuera de la puerta Esquilina, los cuerpos de los hombres con los cadáveres de los animales, y todos se podrian juntos. 1 Entre esta manera vergonzosamente salvaje de tratar los restos del hombre y la respetuosa sepultura de las Catacumbas, se encuentra toda la distancia que separa el paganismo del cristianismo.

Pido perdon al lector por no haberle cumplido la palabra. Habiamos convenido en que haríamos hoy conocimiento con los sepultureros de la primera Iglesia y en que bajaríamos juntos á las Catacumbas del Vaticano; pero es demasiado tarde para cumplir esta promesa. El estudio de los caracteres generales de nuestros ce-

1 *Puticulos* dicunt appellatos, quod vetustissimum genus sepulturae in puteis fuerit, eumque locum fuisse publicum extra portam Esquilinam. Sed inde potius appellatos esse existimat *puticulos*. A Elio Stilo quod cum in eum locum patresfamilias pecudes morticinas et vilia projicerent mancipia, ibi cadavera ea putrescerent.—Festus *ad verb.* Puticuli; *ed. Car. Od. Muelléri.*

menterios ha absorbido todo nuestro tiempo. Ojalá y al ménos los haya descrito de una manera bastante clara para no dejar ninguna duda sobre la existencia del plan profundamente cristiano que ha presidido á la formacion de la Roma Subterránea y que la distingue de todo punto de las sepulturas paganas.

## 20 DE DICIEMBRE.

Los sepultureros. — Retrato. — Impresion. — Oracion. — Catacumba Vaticana. — Su origen. — Sus glorias. — Sudario de los mártires. — Instrumentos de suplicio. — Veneracion de los fieles. — Mundo cristiano.

Visitar por la mañana el Coliseo, bajar por la tarde á las Catacumbas, contemplar sucesivamente la sangrienta arena en donde en una heróica lucha alcanzaron los mártires sus palmas inmortales, y las sombrías profundidades elegidas por una piedad no ménos heróica para rodear sus restos dos veces venerables con todos los homenajes del amor y de la fe; tal es la felicidad que nos valió hoy el retardo de la vispera. La sombra gloriosa de los sepultureros nos detuvo de nuevo en los umbrales de la Catacumba Vaticana. Ayer habiamos reconocido la existencia de un plan perfectamente seguido en la construccion de la Roma subterránea. Inspirados por la fe, nuestros padres lo habian concebido desde luego, y su ejecucion se confió á los sepultureros. Es tiempo de trabar conocimiento con aquellos inmortales arquitectos y con aquellos sublimes emprendedores.

Por mucho que nos remontemos en la historia de la Iglesia Romana, se encuentran siete diáconos establecidos en las catorce regiones de la Ciudad. Cada diácono tenia un lugar, una casa, un cuarto tal

vez en donde ejercia, respecto de los neófitos, las funciones espirituales y las temporales de su orden: este lugar se llamaba *Diaconia*. Veinticinco sacerdotes ordenados por San Cleto, segundo sucesor de San Pedro, seguian las diferentes porciones del mismo rebaño; tal fué el origen de las parroquias. Siendo primero siete, llegaron hasta veinticinco por el Papa San Evaristo, el año 96. Esta cifra se aumentó poco á poco con el número de fieles. 1 Además de uno ó dos sacerdotes, de un diácono, de un subdiácono, de un notario, de que más tarde 2 hablaré, cada parroquia tenía un colegio de ocho ó diez sepultureros 3 encargados especialmente de todo lo que se referia á sepulturar á los muertos. *Trabajadores, Decanos, Leticarios, Poredores, Canteros*, nombres diversos que indican ó su número ó la multiplicidad de sus santas pero peligrosas funciones. 4

Mientras los paganos llevaban el desprecio del hombre hasta arrojar su cadáver á un muladar en donde se podría con el de los animales, la Iglesia profesaba tal veneración hácia los despojos mortales del cristiano y sobre todo del mártir, que ella no confi6 el cuidado de inhumarlos sino á sus propios ministros. En el clero romano, los sepultureros formaban el primer grado de la gerarquía. Como nuevos Tobías, debian brillar á ejemplo de su modelo, por la santidad de sus costumbres, la inteligencia de sus deberes, el valor de su profesion y la vivacidad de su fe, que haciéndoles obrar en vista de la resurrección de los cuerpos, les mostraba al Salvador

1 Véase Plati, *De Cardinalis Dignitate et Officio*, t. II, p. 12--13.

2 Baron., *De Martyrol Rom.*, c. 1.

3 Le sette parrocchie urbane..... con un collegio di otto o dieci fossori.—Marchi, p. 68 y p. 10.

4 Copiatae seu laborantes, Decani, Leticari, Porticani, Arenarii.—Boldetti, lib. 1, c. XVI: Aringhi, lib. 1, c. XII.

mismo en cada difunto confiado á su piadosa solicitud. 1

¿Cómo pagar un justo tributo de reconocimiento y de admiración á aquellos hombres escogidos, cuya vida se pasaba en cavar en las entrañas de la tierra tumbas para sus hermanos, en recoger los cuerpos, en lavarlos y sepultarlos? Cuando se refiere uno á la época sangrienta de las persecuciones y cuando se miden los obstáculos que habia que vencer, los peligros que se corrian para arrancar de las manos de los verdugos los restos de los mártires, para comprarlos á los magistrados, quitarlos de los lugares rodeados de satélites, trasportarlos por las calles de una ciudad enemiga y bajarlos en medio de las tinieblas de la noche á profundas cavernas; cuando se piensa en la estrechez de las galerías, en la oscuridad profunda, en la humedad, en los miasmas perniciosos de un cementerio sin cesar abierto, ¿cómo no admirar bastante á aquellos hombres magnánimos, que sostenidos por la única es-

1 Primus in clericis Fossariorum ordo est, qui in similitudinem Tobiae sancti repellere mortuos admonentur, ut exhibentes visibilium rerum curam ad invisibilium festinent, et resurrectionem carnis credentes in Domino, totum quod faciunt Deo protectori debent, non mortuis cognoscant. Tales ergo Fossarii esse Ecclesiae convenit qualis Tobias propheta fuit, ejusdem sanctitatis ejusdem scientiae atque virtutis. Non ergo putes parvum esse officium Fossariorum, etc. *De septem Gradibus Ecclesiae*; inter opera D. Hieronymi, *Epist. ad Rustic, Narbon.*—Y parece que los *Fossarii* formaban parte de la gerarquía, puesto que les vemos asistir como testigos, con los diáconos y con los sacerdotes, á la reconciliación del herético Ceciliano. "Sedente Paulo episcopo, et Moritano, Victore et Memorio, presbyteris; adstante Marte cum Helio diácono; Marenlio, Catullino, Silvano et Carolo, subdiáconis; Januario, Meraelo, Fructuoso, Migione, Saturnino, Victore et caeteris Fossaribus, etc." Estando sentado el obispo Paulo con los presbíteros Moritano, Víctor y Memorio; estando presente Marte con Helio diácono; con Marenlio, Catullino, Silvano y Carlos, subdiáconos; con Januario, Meraelo, Fructuoso, Migion, Saturnino, Víctor y los demas sepultureros, etc.—Labbe, t. 1, *Concile*, p. 1,444.

peranza de la resurrección gloriosa, crearon aquella Jerusalem subterránea, la ciudad más maravillosa y más santa después de la Jerusalem del cielo? ¿Cómo no reconocer en aquellos fervorosos cristianos los campeones más intrépidos y los más dedicados de la Iglesia naciente? Si en el mártir veo un soldado que ha dado una vez su vida por Jesucristo, en el sepulturero romano encuentro un héroe que ha expuesto cien veces su vida por la de su hermano. 1

A los ojos de la fe primitiva, su profesion era tan noble y tan meritoria que á menudo se ejercia por los más grandes personajes y las más ilustres matronas. Basta citar los nombres de los santos Papas Estéban, Calixto, Fabian, Eutiquio, Marcelo y Melquiades; Santa Praxedis, Prudenciana, Lucina, Ciriaca y tantas otras cuyos padres, cuyos esposos y cuyos hijos estaban honrados con la toga senatorial ó con los haces consulares 2. ¿Debe uno admirarse de que el reconocimiento y la admiración de los vivos siguiesen hasta después de su muerte á aquellos hombres tantas veces heróicos? El nombre de *Fossor* figura como un título de gloria sobre aquellas modestas tumbas. Hé aquí solamente algunos ejemplos:

FELIX FOSSARIUS IN P.

"Félix, sepulturero, en paz."

SERGIUS ET JUNIUS FOSSORES

B. N. M. IN PACE. BISOM.

"Sergio y Junio, sepultureros, que han merecido bien, en paz en la misma tumba."

PATERNO FOSSORI. BENEMERENTI.

BIXIT. A. P. M. XXXVI.

QUIESCIT IN PACE.

"A Paterno, sepulturero que ha merecido bien. Vivió treinta y seis años más ó menos. Descansa en paz."

1 Véase Marchi, p. 10.

2 Aringhi, lib. II, c. XII.

Los arquitectos de las Catacumbas nos son por otra parte conocidos de nombre y de reputación. Seria el colmo de la dicha si antes de visitar su inmortal obra pudiésemos contemplarlos á nuestra vista. Pues bien, hélos aquí tales como nuestros padres les han visto en su modesto traje y con los instrumentos de su profesion. Miremos con respeto esa figura tantas veces secular; ella ha sido copiada en una de las cryptas del cementerio de San Calixto.

Encima del arco se lee el nombre del glorioso obrero; su muerte en la paz del Señor; su esperanza de la resurrección y el día de su sepultura. "Diógenes, sepulturero en paz, depositado el ocho de las Calendas de Octubre." Aunque no está allí el milésimo, los caracteres gráficos de la inscripción acusan una remota antigüedad. De cada lado del modesto epitafio están las dos palomas, emblema de la pureza y de la fe del difunto. En el centro del campo aparece Diógenes, lleva el cabello corto al modo de los romanos y las orejas descubiertas, tal vez según las prescripciones eclesiásticas: *patentibus auribus*. La espalda izquierda soporta un pedazo de tela de lana ó tal vez de piel de carnero, que replegada sobre sí misma podía servir de cojinetes y hacer menos sensible la presión de los fardos. Algunos arqueólogos han creído ver en ella el *ampibalum*, especie de capucha destinada á cubrir la cabeza.

Sobre la espalda derecha está apoyado un pico de cantero, cuyo mango descansa en la mano derecha, colocada sobre el pecho. Este es el signo distintivo de la profesion; y este pobre instrumento me parece más glorioso en las manos de Diógenes, que el bastón de mariscal ó el cetro de los reyes en las manos de los conquistadores. El sepulturero ejercia su rudo oficio en las entrañas de la tierra, en medio de las más espesas tinieblas; hé aquí en la mano